

ADVIENTO - SOLIDARIDAD

PRIMERA SEMANA

Primer domingo de Adviento 2 de diciembre: Os proponemos “**SER AMABLES Y COMPARTIR CON LOS DEMÁS**”

LEER Y DIALOGAR:

Cada uno debe dar según lo que haya decidido en su corazón, no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama al que da con alegría. 2 Corintios 9:7

Muchas veces nos cuesta compartir con los demás, pero compartir nos trae muchos beneficios aunque no los veamos.

¿Qué puedes compartir?

(Puedes compartir una sonrisa, una ayuda al compañero de clase, un abrazo, un ratito de compañía con los abuelos, etc.)

ACTUAR Y COMPROMISO

La propuesta que os hago para esta semana es que cuando nos despedamos de alguien por la calle, **le deseemos que tenga un buen día y lo hagamos con una sonrisa**. Es una acción muy sencilla y es increíble el efecto que tiene en la persona que lo recibe.

Juntos le damos gracias a Dios por todo lo que Él ha compartido con nosotros esta semana y rezar una oración de Acción de gracias.

SEGUNDA SEMANA

Segundo domingo de Adviento 9 de diciembre: Os proponemos “**El valor que trabajaremos será la GENEROSIDAD**”.

LEER Y DIALOGAR:

Vosotros seréis enriquecidos en todo

para que en toda ocasión podáis ser generosos, y para que por medio de nosotros la generosidad vuestra resulte en acciones de gracias a Dios. 2 Corintios 9:11

La generosidad no es sólo una cuestión material sino también espiritual. Ser generoso, no es solamente compartir nuestras cosas o nuestros objetivos sino darnos a los demás sin esperar nada a cambio. Incluso ser generosos con nosotros mismos, que a menudo somos quienes más duramente nos juzgamos.

ACTUAR Y COMPROMISO

Ser conscientes de que tenemos mucha suerte no sólo en lo material sino especialmente en lo espiritual. Porque no sólo tenemos muchas cosas sino, por encima de todo, una familia que está comprometida por nuestro bienestar, algo que no tienen todos los niños del mundo.

Seguimos preparando la Navidad y pensamos en lo que nosotros podemos dar de manera generosa a los demás: podemos ofrecer ayuda, una sonrisa, ser generosos en palabras amables...

EL GIGANTE GENEROSO

Había una vez un gigante que vivía oculto en una casa construida dentro de una cueva en una gran montaña. Con mucho esmero, el gigante había puesto un suelo de madera para igualar el piso y había construido una fachada con ventanas y una gran puerta para aislarse del frío en invierno y evitar que nadie invadiera su hogar.

Durante el invierno, el gigante no podía salir de su casa debido a la nieve. Por eso, durante la primavera y el verano el gigante se dedicaba a recoger granos, frutos y hierbas y las almacenaba para pasar el invierno. También recogía leña para calentarse y compraba leche para hacer queso.

Un día de primavera, cuando el gigante llegó a casa, descubrió unos pequeños agujeros en el suelo de madera. El gigante observó y vio que una familia de ratones se había instalado bajo su suelo. El gigante no le dio importancia, y siguió a lo suyo, como siempre.

Al día siguiente, al llegar a casa, observó que el saco que usaba tenía un pequeño agujero por el que se iban cayendo algunos frutos y granos. El gigante no le dio mucha importancia. Vació el saco, lo cosió y volvió a bajar a por más.

Pero al día siguiente, cuando regresaba, descubrió que el agujero estaba ahí de nuevo. Lo volvió a coser, pero al día siguiente volvió a pasar lo mismo.

Así estuvo varios días hasta que descubrió que los ratones hacían el agujero cuando él dejaba el saco en el suelo para abrir la puerta y así coger los frutos que se caían al suelo.

-¡Ay, picarones! -dijo el gigante-. Si no me volvéis a romper el saco os dejaré un puñado de frutos para vosotros cada vez que traiga uno.

Cuando al día siguiente el gigante comprobó que su saco no estaba roto cumplió su palabra y dejó un gran puñado de frutos en el suelo. En cuanto el gigante se escondió, los ratones cogieron lo que les había dado y se escondieron de nuevo.

En otra ocasión, el gigante observó que las migas de pan y restos del queso que caían al suelo desaparecían en cuanto se levantaba de la mesa para ir a buscar algo con que limpiarlos. El gigante no le dio importancia y siguió como siempre.

Pero un día vio que los muchos de los quesos que almacenaba estaban mordisqueados. Y era una lástima, porque así los quesos se estropearían antes. El pan también estaba mordido y había muchos agujeros.

-¡Ay, picarones! -dijo el gigante-. Si no volvéis a mordisquear mis quesos y mi pan os cortaré unos trocitos para vosotros todos los días.

En cuanto los ratones vieron que el gigante dejar trozos de pan y de queso junto a las migas de su almuerzo no volvieron a mordisquear la comida del gigante.

Finalmente llegó el invierno. El gigante seguía dejando los restos de comida a los ratones y le ponía un poco más para que no pasaran hambre. Pero ese año fue mucho más largo de lo habitual, y el gigante empezó a quedarse sin comida.

Los ratones, al darse cuenta de que el gigante les dejaba menos comida, salieron a ver qué pasaba. Entonces descubrieron que la despensa estaba casi vacía.

Los ratones, preocupados por su amigo el gigante, decidieron ayudarle para que no muriera de hambre. Y así, todas las noches, los ratones salían de su escondite y subían a la mesa del gigante frutos, granos y trocitos de queso y de pan que habían almacenado gracias a la generosidad del gigante.

El gigante se sintió muy afortunado de tener tan buenos compañeros. Y así siguieron conviviendo por muchos años.

LA SOPA DE PIEDRA

En cierta ocasión, un viajero que iba cargado con un ligero petate y una olla vacía, llegó a un pueblo que no conocía. Llevaba días caminando y estaba sucio, cansado y sobre todo hambriento.

Se dirigió a la plaza y vio que estaba muy animada. Entre el bullicio distinguió a algunas personas sentadas degustando buenos trozos de queso con pan de hogaza y refrescándose a base de beber vino de la última cosecha. Se acercó a ellas y les pidió por favor si podían invitarle a comer algo pues hacía más de dos días que no se llevaba nada a la boca. Por desgracia, nadie quiso compartir con él ni unas migajas.

Entristecido pero sin perder el ánimo, avistó una fogata en medio de la plazoleta. Cogió su olla, la llenó de agua en la fuente pública y metió dentro una piedra limpia y lisa del tamaño de una naranja. La gente, extrañada, se acercó a él.

- ¿Qué hace usted? ¿Acaso va a cocinar un pedrusco? - le preguntó un lugareño descarado, cuya voz sobresalió entre los murmullos de la gente que se miraba con cara de asombro

- Tengo una piedra que podría decirse que es mágica y hace la mejor sopa del mundo. Ahora mismo ustedes van a comprobarlo con sus propios ojos.

Decenas de personas se arremolinaron en torno al viajero ¿Una sopa mágica? ¡Eso había que verlo! La expectación era máxima.

Cuando el agua empezó a hervir, el extraño vagabundo sacó una cuchara de su bolsa y la probó.

- ¡Uhhmm!... ¡Qué rica está quedando mi sopa! Claro que si tuviera algo de carne estaría más sabrosa...

Uno de los lugareños le dio un pedazo de jamón que acababa de comprar.

- Pruebe a echarle esto, a ver si ayuda a mejorar su sabor.

Al rato, el viajero la probó de nuevo.

- Realmente está más rica, pero con un poco de verdura quedaría aún más exquisita - exclamó en alto para que todos le escucharan.

Una mujer que salía del mercado y se había unido al curioso grupo, también quiso contribuir a esa curiosa receta.

- Tenga... unas zanahorias y unas berzas para añadir al caldo.

El hombre las aceptó encantado, las echó al a olla y se llevó un poco de líquido caliente a los labios.

- ¡Qué maravilla! Pocas veces he comido algo tan delicioso... ¿Alguien tiene media docena de patatas y un poco de sal para realzarla un poco más? ¡Esto ya está casi está!

- ¡Yo tengo! - dijo un muchacho deseoso de probar la sopa - Espere un momento que me acerco a casa y ahora mismo le traigo lo que le falta.

Tal como había prometido, el chico apareció minutos después con las patatas y la sal, que fueron a parar a la cazuela junto con los demás ingredientes.

Cuando la sopa estaba en su punto, el viajero dijo a todos los allí presentes que fueran a buscar un plato ¡Tenían que probar aquella maravilla!

Hombres, mujeres y niños degustaron la sopa de piedra y la encontraron espectacular. El perspicaz e inteligente viajero había conseguido que la gente del pueblo creyera que estaba tan rica por los efectos mágicos de la piedra, cuando en realidad, estaba buenisísima porque entre todos habían llenado la olla de buena comida y sabrosos condimentos.

Una vez que el hombre sació su apetito y se sintió con fuerzas, lavó la piedra y se la metió en el bolsillo ¡Probablemente volvería a necesitarla para poder comer!

Moraleja: Con la cooperación se alcanzan resultados notables, aun cuando se parta de contribuciones pequeñas, o incluso insignificantes. Esta es la fuerza milagrosa que tiene el COMPARTIR. Cada uno podemos poner alguna de nuestras virtudes al servicio de los demás y el resultado puede ser espectacular.